

## ***Hacia una conclusión inacabada: recuento y tareas pendientes***

ADRIANA PANTOJA DE ALBA

En México se rebasaron ya los 30 años de formación profesional en gestión cultural. Como ya se ha detallado en este libro, a partir de 1993 diversas universidades tanto públicas como privadas comenzaron a ofrecer, a lo largo y ancho del país, programas formativos de pregrado y posgrado en torno a este objeto. Le antecedieron variados escenarios de capacitación impulsados, sobre todo, por la administración pública federal. Actualmente se encuentran vigentes 55 licenciaturas, tres especialidades, 23 maestrías y cuatro doctorados.

Haciendo eco al propósito de un libro blanco, a través de los diferentes capítulos los autores han dado cuenta de los orígenes y el presente de esta profesión en territorio mexicano de forma contextualizada. También han ofrecido pistas para la evaluación de la calidad académica de los programas que, en particular a nivel licenciatura, tienen la finalidad de formar a gestores culturales competentes en la resolución de los desafíos de las diferentes regiones del país donde estas casas de estudio se afincan y a las cuales se deben.

A pesar de la relevancia de la RUGCMx y sus miembros en la construcción de lo que se detalla en esta publicación, es importante subrayar dos cosas: que la propia red no es un escenario de colaboración e intercambio monóptico y que lo señalado en el libro es apenas un punto de partida y no de llegada, sobre todo, porque lo discutido desde la red de ningún modo agota los debates existentes en el país alrededor de este tema. En todo caso, se trata de un esmero que, como otros, describe parcialmente —siempre con rigor y responsabilidad— lo que se considera que está en la base de esta apuesta educativa.

## LA GESTIÓN CULTURAL COMO PROFESIÓN: ORÍGENES, AVANCES Y RETOS

Como se indicaba en la introducción, los contenidos del libro fueron definidos y revisados por el pleno de los representantes de las universidades que participan en la RUGCMx; no obstante, la escritura de los capítulos estuvo a cargo de tres académicos de la red que, a lo largo de estos más de 30 años, no solo han sido centrales en la formación e investigación de la gestión cultural en el país, sino en la conformación de la RUGCMx: Eduardo Nivón Bolán (UAM-I), José Luis Mariscal Orozco (UDG) y Ahtziri Eréndira Molina Roldán (UV). En sus textos los autores dieron cuenta de los inicios y el estado actual de la profesión, enfatizando sus comienzos como un oficio, los esfuerzos pioneros de capacitación impulsados por diversas instituciones en el país, las apuestas actuales de formación desde las licenciaturas existentes y los desafíos que estos programas enfrentan a partir de los procesos de evaluación y acreditación nacionales.

En el primer capítulo, Nivón Bolán ofrece un pormenorizado recorrido sociohistórico acerca de cómo se ha construido la profesión de la gestión cultural, así como de los objetivos que la han orientado. Al respecto, el autor nos recuerda que, a pesar de su reciente aparición como profesión, es en la autonomización del campo del arte, particularmente en Europa, donde puede rastrearse su emergencia como ocupación: ya sea desde el quehacer de los mecenas seculares que financiaron el trabajo artístico, los empresarios que más tarde ayudaron a comercializar las obras o los políticos de los nacientes estados nacionales que, desde el siglo XIX, vieron en la promoción cultural y artística una oportunidad de crear comunidades y futuros de corte nacionalista.

En la segunda mitad del siglo XX, sin embargo, Nivón explica que los propósitos públicos alrededor de la cultura y el arte son replanteados a escala internacional luego de la irrupción de la “sociedad de masas”, las dos guerras mundiales y la caída de los regímenes políticos totalitarios. Así, los derechos políticos, sociales, económicos y culturales y, más tarde, los ambientales fueron considerados por los estados como necesarios para garantizar la calidad de vida de sus ciudadanos y el desarrollo de sus comunidades. En todo caso, señala el autor, las políticas públicas se

volvieron una herramienta esencial de los gobiernos para refrendar la libertad de creación, el acceso a los bienes y servicios culturales y, sobre todo, la participación de las personas en su propia cultura, cada vez más desde el paradigma de la diversidad.

Luego Nivón se acerca al desenvolvimiento histórico de la cultura y su gestión en México, no solo desde el punto de vista estatal, sino también empresarial y de la sociedad civil, desde finales del siglo XX hasta nuestros días. Educadoras, anarquistas, funcionarios públicos, empresarios del teatro y luego del radio, el cine y la televisión, grupos seculares de la Iglesia católica, movimientos indígenas, artistas orgánicos e independientes, han bregado todos desde la tensión entre el dirigismo cultural y la autonomía creativa en el marco de gobiernos más bien autoritarios. El autor destaca así la agencia de estos actores sociales en el tiempo, en el que la gestión cultural y su práctica, hoy profesional, ofrece alternativas para apoyar estos empeños desde una mejor conducción de las instituciones públicas y privadas de cultura, el impulso de los circuitos creativos, la optimización de la acción gubernamental en esta materia y, sobre todo, la protección de los derechos culturales.

Por otro lado, en el segundo capítulo, José Luis Mariscal Orozco hace una revisión históricamente situada de los diferentes perfiles de formación profesional en la gestión cultural mexicana. Su recorrido comienza en los primeros años del siglo XX y termina con el análisis de las competencias profesionales presentes en los programas de licenciatura dedicados a este objeto. Ligada desde sus inicios a la educación desde las misiones culturales vasconcelistas de los años veinte hasta el Programa de Formación y Capacitación de Promotores Culturales (Pacaep) de los ochenta impulsados por la Secretaría de Educación Pública (SEP) o las propuestas de capacitación impulsadas por varias universidades públicas en los años noventa del siglo anterior, la gestión cultural promovida en los primeros años de este siglo por la Dirección de Capacitación Cultural (DCC) del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta) abrevó de aquella trayectoria.

Desde la DCC se impulsó, según Mariscal, una política de profesionalización de la gestión cultural que, entre sus estrategias, estuvo la del fomento de la creación de programas universitarios en esta área, tanto de pregrado como de posgrado. El perfil de formación promovido desde

ahí retomaba la necesidad de entender, desde los contextos específicos, las conflictivas relaciones entre cultura y sociedad, así como de contar con herramientas para comprender esas relaciones e incidir en ellas, sobre todo, desde las artes, el patrimonio o las industrias culturales. Los primeros programas de formación en gestión cultural partieron de estos supuestos. Actualmente, señala Mariscal, existen en México 85 ofertas académicas vigentes, de las cuales 55 son de licenciatura. El autor centra su análisis en estas últimas, en particular, en las competencias identificadas en las mallas curriculares de sus planes de estudio. Sobre ello, encuentra cuatro orientaciones básicas en su concepción-formación: la que privilegia el desarrollo artístico, la que impulsa la gestión de los patrimonios culturales, la que promueve la comercialización de los bienes y servicios culturales, y la que integra los énfasis anteriores.

Para finalizar, en el tercer capítulo, Ahtziri Eréndira Molina Roldán se propone dar cuenta de los caminos andados y desandados por la gestión cultural en su incorporación a las universidades a partir de experiencias de evaluación y acreditación a licenciaturas en este ámbito, tomando en cuenta sus implicaciones no solo académicas sino sociales. Estos procesos, señala la autora, aunque surgen a escala internacional para homologar los criterios educativos de una práctica profesional en el plano global, en lo local siempre impactan de diversa forma a los programas y las instituciones, así como a los evaluados y los evaluadores, sobre todo, cuando se trata de una profesión nueva como la gestión cultural. Molina, por lo tanto, se da a la tarea de problematizar los procedimientos y los indicadores utilizados en México para evaluar y acreditar a las carreras que se localizan en este ámbito.

Para ello, se enfoca en su experiencia con una de las instancias que se ha hecho cargo de evaluar y acreditar a muchos de los programas en gestión cultural en el país: el Consejo para la Acreditación de la Educación Superior de las Artes (CAESA) y que, a su vez, forma parte del Consejo para la Acreditación de la Educación Superior (Copaes) de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES). Las reflexiones de Molina se concentran alrededor de aquellos elementos que CAESA toma en consideración para evaluar y acreditar a un programa, principalmente, los contenidos y estructura de los planes

de estudio, los estudiantes, los profesores, las tareas de vinculación y la estructura administrativa.

Su balance arroja pistas valiosas para ponderar las realidades de estos programas y aquello que se les solicita desde los procesos de evaluación y acreditación, destacando así algunas recomendaciones que deben tomarse en cuenta: la necesidad de mirar más allá de las artes, la importancia del contexto en el que los diversos programas operan, la articulación necesariamente interdisciplinaria de la gestión cultural, las condiciones de precariedad de los entornos de los que provienen y en donde se desenvolverán los estudiantes, la poca especialización todavía existente entre los profesores que enseñan en programas de gestión cultural y la cada vez mayor burocracia administrativa presente en las universidades. Considerar lo anterior, indica Molina hacia el final de su texto, fortalecerá estos procesos. A la vez, recomienda a las propias instituciones de educación superior reforzar la investigación, la movilidad estudiantil y docente, y la vinculación con las comunidades, pues ello incidirá también en la calidad educativa.

## APUNTES FINALES Y DESAFÍOS

Se espera que lo aportado por los autores de este libro y la iniciativa interinstitucional que lo sustenta dé pie a que más agentes culturales sigan indagando sobre estos temas. La formación profesional de la gestión cultural en México es aún joven y, además, es apenas uno de los subcampos de lo que, siguiendo el modelo hermenéutico de Raúl Fuentes Navarro (1998), compondría a este incipiente campo académico.<sup>1</sup> Hace falta preguntarnos desde la RUGCMx, y también desde otros escenarios, por los alcances y las limitaciones de la investigación en gestión cultural que se desarrolla en las universidades, así como por el ejercicio profesional de quienes egresan de las licenciaturas, especialidades, maestrías y doctorados que se han impulsado desde 1993.

1. Este autor desarrolla la categoría señalada como parte de un modelo que busca dar cuenta del proceso de estructuración de lo que él llama campo académico de la comunicación, así como de los subcampos que lo componen, a saber: el de la producción de conocimiento (investigación), la reproducción del conocimiento (formación universitaria) y la aplicación del conocimiento (desarrollo profesional).

Es muy importante, asimismo, que en el recuento de la gestión cultural en México se siga indagando alrededor de otros posibles linajes, ampliando cada vez más el repertorio de individuos y organizaciones que la han influido, por ejemplo, contemplando a más mujeres, a personas de las disidencias sexuales y de género, así como a quienes han formado parte de diversos movimientos sociales y culturales del país a lo largo del tiempo. También hay que seguir avanzando en las historias locales, desde las diferentes regiones, estados de la república y sus municipios. Esto ayudará a descentrar la narrativa de la acción federal, así como de la Ciudad de México. Esta multiplicidad ayudará, sin duda, a visibilizar y problematizar las necesidades y situación de los contextos a los que responden —o no— los programas educativos de gestión cultural mexicanos.

Por otro lado, será necesario contar la historia de las ideas —y ya no de las instituciones o los sujetos— que han orientado a la formación de la gestión cultural en México. Por ejemplo, desde las universidades se repite constantemente que la gestión cultural es un ámbito multi e interdisciplinario, pero ¿eso cómo es entendido en cada caso y, sobre todo, qué problemáticas implica esa diversidad para los profesores, estudiantes y egresados de estos programas? Habría que avanzar, por ende, en el conocimiento y estudio de los supuestos ontoepistemológicos y metodológicos que están detrás de los énfasis que se cultivan en las investigaciones y programas formativos.<sup>2</sup> Por ejemplo, cuando se acerca a los alumnos la problematización de la cultura, ¿qué teorías de lo social, clásicas y contemporáneas, sustentan esas reflexiones? O al estudiar a las artes, ¿se aborda desde la estética, la historia del arte o los estudios visuales? Y, en el caso de la formación económico-administrativa, ¿se acude o no a las propuestas y experiencias de la economía social y solidaria? Esto es, ¿desde qué comunidades epistémicas trabajan los autores a los que se busca? ¿Hay una perspectiva de género al momento de seleccionarlos y una apuesta que ponga en balance lo que proviene del norte y sur global?

2. En su libro *Centralidad y marginalidad de la comunicación y su estudio* (2015) Fuentes abunda en las dimensiones ontológica, epistemológica, praxiológica y metodológica de la comunicación desde una perspectiva sociocultural. Tenerlo como referente, sin duda, ayudó a pensar en las asinaturas pendientes aquí colocadas.

Más aún, ¿estas ideas son útiles hoy para leer e incidir en las realidades profundamente violentas y desiguales, cada vez más radicalizadas por el capitalismo neoliberal, presentes a lo largo y ancho del país? De ahí que también sea necesario revisar los proyectos sociales y políticos que están detrás de cada programa educativo. En muchos casos se da por sentado que la gestión cultural está al servicio de la transformación social. Sin embargo, en México hay sobrados casos de acciones culturales que reproducen los sentidos comunes dominantes y que, por ello, no siempre tienen como horizonte la promoción de los derechos culturales o la justicia social. ¿Qué significa, pues, para cada universidad, formar a gestores culturales que se desempeñarán en las artes o los patrimonios culturales? ¿Y si, desde ahí, se sigue insistiendo de forma intencionada o no en la mirada elitista o difusionista de la cultura? Por otro lado, ¿qué implica formar desde el emprendimiento? ¿Qué riesgos no están sorteándose cuando se exalta la necesidad de incidir en la comercialización de los bienes y servicios culturales?

Como se ve, hay mucho trabajo todavía para la RUGCMx, para las universidades en lo particular y para todos aquellos que deseen sumarse a revisar, permanentemente, la oferta educativa de la gestión cultural en México y su relación con la generación y la aplicación del conocimiento. El ejercicio reflexivo, propio y de otros agentes culturales, ayudará a ponderar en qué medida ha marcado una diferencia —o no— el que haya hoy egresados de estos pregrados y posgrados. Es decir, ¿en qué se ha beneficiado la ocupación al convertirse en profesión? Por supuesto, la respuesta a esta interrogante no se construirá de una vez y para siempre y, además, tendrá que ser contestada de forma situada más que de manera global. Con suerte, uno de los hallazgos será que las dos últimas tesis que Nivón plantea hacia el final del primer capítulo de este libro, en efecto, son cada vez más una realidad. Que así suceda: que los gestores culturales sean reconocidos por su capacidad de incidir en el cambio social y cultural que demanda nuestro país.

## REFERENCIAS

- Fuentes, R. (2015). *Centralidad y marginalidad de la comunicación y su estudio*. ITESO.
- Fuentes, R. (1998). *La emergencia de un campo académico: continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México*. ITESO; Universidad de Guadalajara.